

## Reseña

### *Experiencias didácticas para la enseñanza de la filosofía en el aula*

Rosario Olivares Saavedra<sup>1</sup>

El presente texto, es parte de la presentación del libro *Experiencias didácticas para la enseñanza de la filosofía en el aula*<sup>2</sup>, libro editado por la académica Marcela Gaete, que fue presentado en el marco de la Semana de las Pedagogías de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, en el mes de noviembre de 2015.

Esta publicación, es sin duda un tremendo aporte para todas y todos lo que nos dedicamos a la enseñanza de la filosofía, y que surge como un acontecimiento en un escenario donde el tema es y ha sido constantemente invisibilizado.

Para comenzar, quisiera aceptar la invitación que nos hace Marcela y quienes participan en este libro a entrar en sus aulas. Una invitación que a la vez nos interpela a pensar sobre nuestras propias experiencias y prácticas pedagógicas, y desde ahí construir conocimiento situado.

Las y los profesores en general, y de filosofía en particular, hemos sido formados bajo una idea de educación bancaria y embrutecedora, que piensa en las y los estudiantes como agentes pasivos de su propio proceso de formación, y que mira a las y los docentes como meros repetidores acríticos de contenidos, despojados de toda subjetividad. Esta constatación personal e histórica, nos ha negado en muchos casos, la posibilidad de filosofar en el aula, reduciendo la filosofía a un lugar estéril dentro del currículum nacional.

Jacques Derrida en su texto *¿Dónde comienza y cómo acaba un cuerpo docente?*, nos demanda diciendo que el espacio que ocupa la enseñanza de la filosofía no es ni neutral, ni indiferente. No

---

<sup>1</sup> Dra© en Estudios Americanos IDEA-USACH, Profesora de Filosofía en el Liceo Siete de Niñas de Providencia. Integrante de la Asociación Gremial de Profesores de Filosofía de Chile, REPROFICH.

<sup>2</sup> GAETE, Marcela, (editora), *Experiencias didácticas para la enseñanza de la filosofía en el aula*, Editorial Universitaria, Santiago, 2015.

ubicarnos en este espacio sería dejar que los gestos de la institucionalidad pedagógica pasen por naturales, y frente a ello, es imposible no tomar partido, no tomar una posición.

La invitación a presentar y reseñar este libro, me lleva irremediamente a hablar desde la experiencia, hacerlo en primera persona. Evitarlo, no solo significa negar aquello que este libro presenta, sino que también, y a propósito del texto citado de Derrida, me deja en el margen de un tema que me convoca, que forma parte de mi cotidianidad. Cuando egresé de pregrado, me enfrenté a esa gran “caja negra” que es la sala de clases, y pese a mi gran optimismo inicial, poco a poco fui perdiendo el entusiasmo. Sentí que muy pocas cosas que había aprendido durante los años de universidad, me servían para “enseñar” a todas y todos esos jóvenes que me preguntaba: “Profesora ¿qué es la filosofía?”

Yo solo sabía responder, como quien lee en voz alta un manual, partiendo de la clásica epistemología de la palabra a un sin número de definiciones tipo, pero en el fondo, poco sabía de la experiencia de filosofar. Sin embargo, como alguna vez nos dijo el filósofo argentino Alejandro Cerletti, muchas veces actuamos como docentes repitiendo algunos patrones de nuestros propios profesores, y buscamos allí un lugar que nos permita continuar.

Así, recordé a uno de los profesores más importantes que tuve, el porteño Sergio Vuskovic, quien me enseñó, y enseñó a muchas generaciones, que había una filosofía que defendía una idea de pensamiento situado, una filosofía con contexto, con hombre y mujeres de carne y hueso, un pensamiento filosófico que sistematiza sus propios problemas y experiencias: la filosofía latinoamericana.

Este fue mi primer impulso para pensar en el contexto y la subjetividad.

El libro *Experiencias didácticas para la enseñanza de la filosofía en el aula*, nos muestra que el espacio educativo tiene causas y consecuencias políticas y sociales, y que la acción formativa entre sujetos no es neutra, pues obedece a intereses de distinto tipo, situados en una temporalidad determinada.

En este escenario, la didáctica busca moverse desde el lugar tradicional que la ha ligado a cada disciplina, para trasladarse a un conocimiento fundado en la experiencia, y en las y los sujetos que interactúan en el aula (profesores y estudiantes, en tanto el otro que es igual a mí).

Lo que Marcela, y el grupo que la acompaña en la escritura nos proponen en esta publicación, es una didáctica de la filosofía que debe ir más allá de la trasmisión de contenidos o el diseño de metodologías para cumplir con el logro de ciertas habilidades y competencia que ya han sido determinadas con anterioridad. Lo que se busca es filosofar, y una didáctica tradicional, conlleva un gesto profundamente antifilosófico.

¿Cómo encontrar un lugar para el pensamiento en la clase de filosofía? Quizá para muchos esta pregunta es obvia, la filosofía en sí misma “genera pensamiento” –se suele afirmar–. Pero para los que estamos en la sala de clases, atravesados por una serie de sucesos pedagógicos y extra pedagógicos, esto no es tan obvio.

Para las y los estudiantes de educación media, la clase de filosofía es como un paseo a un museo de grandes personajes con grandes ideas, pero, la verdad, no les hacen muchos sentido. Por otro lado, sabemos que la enseñanza de la filosofía en pregrado, en la mayoría de las universidades chilenas, se ha centrado en una perspectiva histórica lineal occidental y masculina, y con ello, los profesores solemos suponer que el único lugar epistemológico para tratar los temas en nuestras clases, es este espacio tradicional. ¿Cómo salir de este encierro?

A lo que nos invita *Experiencias didácticas*”, es a potenciar a los sujetos, saberlos capaces de pensamiento, sabernos capaces de filosofar. A través de las distintas propuestas desarrolladas en el libro, podemos ver ciertas claves, siempre flexibles, para pensar no solo la formación inicial de profesores, sino que también nuestro propio quehacer.

Quizá, si alguien me hubiese preguntado hace diez años atrás ¿Qué sentido tenía o tiene enseñar filosofía en la escuela? Y por ende, ¿qué sentido tenía estudiar para profesora de filosofía?, mis primeros años de trabajo no hubiesen sido tan complejos. La verdad, es que muy pocas veces me preguntaron algo.

Estudie una carrera de filosofía con muy pocas preguntas. Pero ahí estaba de nuevo Vuskovic, el Tata, como le decíamos cariñosamente en Valparaíso. Él me motivó a escribir, a leer aquello que estaba fuera de la tradición, a correr los pesados límites de la filosofía, a volverme hacia la literatura, la música y el cine; a volverme hacia mí misma.

Con él escribí mi primer ensayo. Nos pidió elegir el tema que más nos causara preguntas, que más nos doliera, que más nos preocupara. Yo titulé el mío: “¿Qué es ser mujer?” Estaba en segundo año, nunca había leído a una filósofa, y creo que salvo Hanna Arendt nunca oficialmente un programa incluyó en su bibliografía fundamental a mujeres. Desde ese momento empecé mi búsqueda.

Dar la palabra, tal como lo hizo alguna vez mi profesor de filosofía latinoamericana. Es lo que nos propone hoy este libro. En él nos habla Marcela, Marcia, Estefanía, Diego, Roxana, Hernán, Matías, Carla y Sebastián. Nos hablan de sus experiencias, de sus investigaciones. Nos hablan de la filosofía como reflexión de la vida cotidiana; de un pensamiento filosófico visual; del texto literario y de la comunidad de indagación; de la clase de filosofía como acción social. Nos comparte también actividades innovadoras, que incluyen el diálogo; la ciudad; la lectura y la escritura; y también las tics.

El texto distingue entre pensar una materia, y pensar por sí mismo una materia. Poniendo el acento en el quién y no en el qué. Los programas que hemos tenido y tenemos actualmente se han centrado en el qué, dejando poco espacio a la configuración de sentidos. La filosofía en la escuela busca entonces, interpretar el mundo en que vivimos, como mujeres y hombres en su devenir histórico y social. Aquello es lo que le otorga sentido a nuestra disciplina, desde cada una de nuestras experiencias.

Por lo anterior, se vuelven indispensable, dos cosas: la primera, es cuestionar la relación de los contenidos curriculares con el sentido que tienen para los sujetos filosofar. La segunda, es creer que los niños y jóvenes tienen la capacidad de filosofar –como afirma Marcela–, de pensar su vida y su entorno.

“Didácticamente implica preguntarse por el sentido que tiene la clase de filosofía para los niños y jóvenes de las escuelas, y abrirse a la posibilidad de que se puede aprender a pensar filosóficamente a partir de diversos contenidos curriculares y no necesariamente a partir de contenidos curriculares obligatorios”<sup>3</sup>.

La responsabilidad ética y política que nos recuerda *Experiencias didácticas...*, es que nuestro trabajo no está solamente centrado en la enseñanza de una disciplina, sino que afecta la configuración de la subjetividad de los niños y jóvenes. El resistirnos a tomar una posición en este punto, transforma nuestras prácticas en reproductoras del sistema, un sistema que no deja espacio al pensamiento autónomo.

Para llegar a pensar esto, la clase de didáctica a la que hemos sido invitados a conocer, nos hace un llamado a confrontar los marcos de creencias acerca del sentido de la enseñanza y aprendizaje de la filosofía; a analizar los intereses saber-poder que se encuentran en la enseñanza de la filosofía en Chile; y a construir intencionalidades en relación con el sentido de la enseñanza y, así, resignificar el currículum oficial, dotando de sentido histórico-cultural los contenidos asignados para ser enseñados. Para ello, se proponen dispositivos gatillantes, temas bisagra, diseños de clases participativos, preguntas y problematizaciones, y un diálogo permanente.

Sabemos que el estado actual de la educación, en muchas oportunidades nos deja poco espacio desde su planificación hegemónica, desde la clase lineal, desde la anticipación alejada del contexto, desde la inflexibilidad y el incesante control de parte de las autoridades de la educación. Las y los profesores, somos entendidos como técnicos que aplican ciertas recetas y que manejan ciertos contenidos disciplinares. Por lo mismo, tenemos poco espacio para planificar, para compartir experiencias, para investigar, para pensar.

Tras un par de años ejerciendo como profesora decidí parar, y tomar un tiempo para investigar aquello que hasta ese entonces todavía no lograba comprender. Tuve que retirarme de la sala de clases, desestructurarme, volver a aprender y a conocer. Sabía que ese retiro medio obligado me

---

<sup>3</sup> GAETE, Marcela, *op. cit.*, p. 33.

ponía en riesgo, sabía también que no todas y todos los profesores tienen la oportunidad de detenerse y pensar su práctica.

Por todos estos motivos, es que sentí una gran alegría al leer el libro que editó Marcela. Saber que hoy, en este lugar, es posible re-pensar la enseñanza de la filosofía de manera rigurosa y sistemática. De conocer la posibilidad que tienen los estudiantes de pedagogía de desaprender, y de recrear sus ideas y sus prácticas. De constituirse en el futuro, en lo que Henry Giroux llama “profesor intelectual”, un profesor y profesora que piensa su práctica.

La tarea que a diario no enfrentamos, y que hoy nos propone esta investigación, es pasar de una planificación normalizadora a diseños de clase participativos. Es crear sistemas abiertos, llenos de preguntas y problematizaciones que intenten articular el contenido clausurado de los programas de estudio vigentes. Es saberse capaz de filosofar con otras y otros, de dejar espacio para la indeterminación. Como nos dice Marcela, es saber cuándo comienza una unidad, pero no saber bien cuando terminar. Es confiar en las inquietudes de los niños y jóvenes, y crear proyectos de clase que contemplen situaciones emergentes y que posibiliten la reflexión.

“Enseñar filosofía significa darle una oportunidad al pensamiento y eso supone el riesgo de lo no previsto. Ser un buen profesor o una buena profesora de filosofía implica estar a la altura de esa apuesta”<sup>4</sup>.

Hoy, trabajo en el Liceo Siete de Niñas de Providencia, y la pregunta “¿Qué es ser mujer?” que me planteé hace unos años atrás, vuelve en otros rostros, otras vidas, otro tiempo. Tal vez, no tengo aún las certezas que esperaba, tampoco sé si las clases que actualmente hago tengan completamente un sentido para las estudiantes. Pero sin lugar a dudas, el saber que mi trabajo debe transformarse en una práctica crítica y autocrítica, que me desenvuelvo en un lugar determinado, y sobre todo, que creo en la capacidad de filosofar de las niñas, ha transformado mi trabajo.

---

<sup>4</sup> CERLETTI, Alejandro, *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, Argentina, 2008, s/p.

*Experiencias didácticas para la enseñanza de la filosofía en el aula*, junto con otros espacios individuales y colectivos, nos traen de vuelta el problema filosófico, educativo y político que implica la enseñanza de la filosofía. Nos ayudan a despojarnos de todo aquello que por largo tiempo ha tenido confinado el filosofar a espacios reducidos.

Por todo esto, la aparición de este libro es motivo de alegría hoy para todas y todos nosotros. Aunque sabemos que estamos en deuda, si lo que pretendemos con una asignatura de Filosofía en la educación chilena es un espacio para el pensamiento, la crítica y el desarrollo de los jóvenes, los autores del libro hoy están dando un gran paso. Un paso que nos permite avanzar en la transformación de la educación de nuestro país.

Un paso compartido, que está dedicado a todas y todos los profesores de filosofía, a nosotros, a nuestros profesores, pero sobre todo a nuestras y nuestros estudiantes.

Un saludo fraterno para todas y todos los que participan de este libro, y particularmente el agradecimiento por su trabajo de parte de las y los que integramos la Red de Profesores de Filosofía de Chile.